

Algunas veces, ya cerrada la noche, á la hora de cenar los Torrecillas, Antolín, sin acordarse de nada, sentado en el reborde del abismo, respirando el frescor que venía aromoso del campo, la tibia humedad del río, oía que le llamaban desde su casa. Era la voz de Guillermina; ni se rebullía; al contrario, recreábase en oír aquella voz que repetía su nombre en la soledad del mundo, en la lobreguez de una noche sin aurora.

CAPÍTULO II

Todo el día estuvo Guillermina sentada ante el piano, como la obrera ante el telar, en estudio paciente, en labor tozuda. El ritmo de los estudios y de las escalas era semejante al acompasado y monótono golpeteo de una maquinaria. También Guillermina, como las obreras, acordaba sus pensamientos á este ritmo de rigidez abrumadora y la fatiga hacíala encorvar el cuerpecillo sobre el tirano. Pero nadie sentía en la casa la crueldad de aquellas horas que transcurrían en el agrio tecleteo; los macillos al martillar sobre las cuerdas iban triturando poco á poco, lentamente, aquella vida. Sólo Antolín sabía el sacrificio; con él tuvo Guillermina íntimas confidencias, horas de charla fraternalmente amistosa.

Para esta dulce cháchara aprovechan las horas en que Teresita se ve obligada á salir á la calle, lo cual ocurre tan pocas veces y es tan corta la ausencia, que los dos hermanos apresuran el parloteo, hablan con el atropellamiento de los que debiendo despedirse pronto tienen miles de cosas que decirse, y miles de ternezas que cambiarse. En cuanto la madre llegue han de callar y separarse; Guillermina ha de estar sola ante la máquina de las escalas, porque el ciego es un ser inútil que tiende á hacer inútiles á todos.

Antolín oye que la puerta de la calle se cierra con un golpecito apenas perceptible; alguien ha salido furtivamente; él corre á la puerta; escucha, aplica el oído sigiloso; oye un leve taconeo que descende, que se desvanece. Es la madre, que marcha á hurto de sus hijos para que, ignorando su ausencia, no ceje en el trabajo la pianista.

El leve paso de doña Teresita se ha perdido lejano. Antolín acude al lado de Guillermina y comienza el coloquio de intimidad

placentera, entrecortada por el sobresalto que infunde el temor de que doña Teresita aparezca repentinamente, para sorprenderlos en la charla. De cuando en cuando los dos hermanos callan; el más tenue ruido corta el charloteo, como se corta el piar de las aves, pero el silencio de la casa les devuelve la tranquilidad y renuevan las confianzas más dulces por lo que tienen de furtivas.

—Sigue, sigue contándome, Guillermina, esos planes de tu vida. De verdad que en esa cabecita hay pensamientos grandes. A fuerza de machacar en el piano, diste con la idea. ¡Qué ajenos están todos á tu idea! Sigue, sigue: todo iba bien. Tú eres una pianista, una de esas pianistas que van por el mundo como grandes princesas siempre errantes, siempre volanderas. El mundo las aplaude, el mundo las admira. Adondequiera que vas te dan mucho dinero; sigue... Ya eres muy rica...; ya tienes un palacio... El ciego siempre va contigo; contigo á todas partes. Que todo esto es lo más sensato y lo más juicioso del mundo, no cabe la menor duda; pero lo que sí me ofrece dudas es el que á madre le pareciera tan juicioso como á mí me parece. Ya sabes que á madre todo le parece poco juicioso; lo que ella discurre es lo único de buen juicio.

—Cállate; no me pongas delante dificultades, no me mates mi idea. Déjame, Antolín; si tú no tienes valor y arranque para seguirme en el mundo, iré yo sola. Ya hablé de todo esto con Esteban; me da la razón; pero no sé por qué, yo, ciegucecito mío, barrunto, sospecho que Esteban está, como madre, por las cosas de juicio. Dice que primero las lecciones; es camino, según él, más seguro, y según madre, más juicioso. Nada de aventuras; lanzarse sin más ni más al mundo es, así me lo dijo, querer volar sin alas.

—¿Sin alas? Tus manos son tus alas. Vuela, Guillerma, vuela. Volemos. Yo que soy ciego quisiera volar contigo, siempre contigo. Sólo tú me quieres; si no fuese por tí, yo me echaría á rodar por el talud de enfrente.

—No digas disparates.

—Te digo que si no fuese por tí...

—Calla, hombre, calla.

—Aquí nadie me quiere. Soy algo que estorba. Al principio, sí; cuando quedé ciego, todos me mimaron, todos me querían; ahora voy siendo algo inservible que por inútil se arrincona. Madre ya no me lee libros, como antes, para endulzarme estas negras horas; Agueda ya no me lleva á sus correrías por las calles. Si quiero salir, yo tengo que ir solo, siempre solo con mi palo dando golpes en las piedras, avisando á los transeuntes que pasa un ciego.

—¡Pobre Antolín! Yo no te abandonaré nunca; iremos siempre juntos. Ten confianza en mi idea. Yo la siento crecer, la siento aquí en la frente dándome martillazos todo el día. Y con ella viene otra cosa, una cosa terrible que me estremece y me da miedo; llega á oleadas, luego se va poco á poco, se retira, parece que se marcha para no volver nunca, y entonces quiero que vuelva, que me aterrice, que me conmueva, que me produzca el escalofrío del miedo y después los vértigos de la calentura. ¡Qué cosa tan terrible, qué cosa tan nueva!

Antolín oye á su hermana cogiéndole las manos; la intensidad de la presión dice lo que no pueden decir los ojos con sus globos inmóviles, opalinos. Guillermina siente que los dedos de su hermano oprimen ardorosos, casi se clavan en su carne, le transmiten una impresión de angustia, de inquietud, de recelo. Y clavando sus ojos en el ciego, mirándole con intensidad, como si quisiera llevar algún fulgor al fondo de aquel alma, sigue el ardiente relato de aquel nuevo impulso que al mismo tiempo la atemoriza y la alegra.

—Es una fuerza que me impulsa, que me domina; yo al principio quiero vencerla, le opongo como muralla mi voluntad; pero ¡ay, bobín!, no me vale; la voluntad viene al suelo, con el empuje se desmorona, la oigo desplomarse y ya estoy vencida, dominada, sugestionada, y siento dentro de mí fuerzas que nunca he sentido, yo misma creo ser otra; á veces más buena, á veces más mala. Durante muchos días no supe lo que era esto; llegué á tomarlo

por cosas de los nervios que tanto nos fascinan y nos engañan; pero no, no era cosa de los nervios, era más hondo, venía del alma. ¡Y cómo acomete, cómo se ceba en mi espíritu al sentirle débil, atemorizado! Pero ahora ya sé lo que es, ya sé cómo se llama: es la rebeldía que me empuja, que me arrastra, que puede más que yo misma. Y quiero ser rebelde, quiero libertarme de esta inútil servidumbre, y si Esteban no quiere, nosotros dos sí queremos. Tú también serás rebelde. No me digas que no; vive prevenido, no oigas la insidiosa voz de Esteban, ni la voz de nadie; óyeme á mí, á mí sola.

Las ardorosas palabras de Guillermina eran chispas que prendían fácilmente en el alma del ciego transportándole con la fascinación de un entusiasmo comunicativo. Oyendo á su hermana se desgarraba la lobreguez de una vida como la suya, abriéndosele entre los desgarrones horizontes luminosos, días resplandecientes.

A todo asentía; á los impulsos de la rebelde, él contestaba también con frases de rebelión, llegando á proponerle las ideas más descabelladas, los planes más atrevidos.

—Mira tú que yo no me arredro; creo que esto mismo dé no ver me da valor para todo. No creas tú que mi ceguera es cosa inútil; al contrario, muchas veces unos ojos que no ven pueden más que vuestros ojos. Yo en el mundo hallaré seres compasivos; también la compasión es una fuerza en el mundo, porque hay muchos que sólo por compasión se mueven. Si un día necesitásemos pedir limosna, yo me encargo de pedir limosna. Tú verás: yo cojo mi palito, salgo á la calle con una mano tendida, á manera del que implora, y con la otra voy dando golpes recios en las piedras...; pero no, no es en las piedras donde yo golpeo, es en los corazones, que no son tan duros. Y tú entre tanto te estás bonitamente *pum, pum, pum* con tus escalas. Ya ves que ni el mendigar me asusta. ¡Cómo ha de asustarme! También yo siento la rebeldía, y algunas veces, Guillerma, pensé en salir por las calles de Madrid pidiendo limosna. No digas á nadie nada; pero la otra mañana en poco estuvo que me pusiese entre la pobretería de San Francisco, ten-

diendo la mano. Si vieses cómo me tienta, cómo me atrae eso de tender la mano y sentir en la palma el frescor de una moneda que cae sobre ella como una lágrima de piedad, de compasión, de lástima. ¡La rebelión! Yo quisiera haber nacido un poquitín más abajo para tener la libertad que tienen los ciegos que nacen pobres y van todo el día rodando de calle en calle, hartándose de vivir á su modo. Yo quisiera, sí, quisiera que madre me dejase salir vendiendo billetes de la lotería; creo que anunciando millones y millones, vendiendo la felicidad, sería feliz yo mismo.

—No me hables de esas cosas. ¿Tú mendigando? Nunca. Eso no será mientras yo viva.

—Mientras tú vivas. ¿Y si tú no vivieras? ¿Si yo me quedase solo en el mundo?

—¡Qué cosas dices!

—¡De qué cosas te asustas! Tú no eres rebelde. Tú tienes miedo y el miedo mata la rebeldía. Yo lo que quiero es vivir.

Siguió hablando el ciego; Guillermina escuchábale sin dar crédito á aquella exaltación de la pobre criatura. Parecióle delirio enfermizo, visión engañosa proyectada allá en los profundos senos de su misma ceguera. Hubo momentos en que quiso atajarle, cortar el loco devaneo, devolverle á la realidad triste de su vivir monótono; pero no lo hizo porque al intentarlo sentíase atada por sentimientos compasivos hacia su hermano. El cual seguía exponiéndole sus aspiraciones ideales de llegar á una vida superior que él cifraba por de pronto en el pordioseo callejero, en un vagar inconsciente y despreocupado sin pensar en hoy ni en mañana, sintiendo el áspero roce de la vida, pero á la vez gozando intensamente de ella al seguir su curso, en vez de apartarse en un remanso muerto. Que lo supiese bien Guillermina; también él era rebelde, también él sintió la fuerte acometida estremecedora, dolorosa y, sin embargo, llena de goces intensos, hondos, íntimos. Si ella ambicionaba correr el mundo para fanatizar públicos que la oyesen estremecidos con la voluptuosa palpitación de un arte frívolo, él aspiraba á correr sin rumbo ni camino, sin fascinar á las gentes sencillas derramando desde lo alto de un escenario ca-

taratas de notas. Él no movería á admiración pazguata, sino á piedad sana; bastábale tender la mano...

—Si tú no me harás falta, si yo sabré vivir por mí solo, si has de acudir á pedirme auxilio, á suplicar una limosna de mis limosnas para ti y para tu Esteban, porque ni tú ni él tendréis el soberano empuje que hace falta para ponerse de frente á la vida, á esa miserable vida que nos roe poco á poco, con sus dienteillos afilados.

—Calla, Antolín, calla ahora mismo.

—No callo. Eres una cobarde y Esteban otro. No seréis nada en la vida. Viviréis de limosna; pero no como la mía sacada de las almas, sino de la bolsa. ¡Triste limosneo! Daréis lecciones; él enseñará su pintorreo, tú enseñarás esa eterna musiquita que envenena lentamente y narcotiza los espíritus. Sí; viviréis de eso, de engañar á los pobrecitos de espíritu que se crearán artistas porque tienen profesor de arte tres horas á la semana. Y aun puede que vuestro profesorado coincida en unos mismos discípulos: hoy Esteban les enseña la belleza del color y de la línea, y tú vas al día siguiente y les dices: «Nada de colores ni de líneas, las notas, los sonidos, el ritmo, el divino ritmo que así gobierna los astros en el cielo como los pensamientos de los hombres en la tierra.» Y yo entre tanto riéndome de los colores, riéndome del ritmo, gozando á ciegas de la vida.

Sonó un campanillazo fuerte, breve, seco. Los dos hermanos se estremecieron. Guillermina acometió valientemente el vaivén de las escalas. Pronto oyeron la voz de Agueda, que volvía, al caer la tarde, jadeante y fatigosa de sus andanzas. Hizo irrupción violenta en el gabinete de estudio, dejóse caer en una butaca, dando señales de tal cansancio que cualquiera hubiera sentido lástima.

Empezó á quitarse la mantilla que cuatro alfilerones largos y negros sujetaban; conforme iba desclavando las agudas púas, las cogía entre los dientes con fuerte mordisco que apenas embarazaba el libre ejercicio de la lengua. Desatóse ésta en plañidera sarta de lamentaciones. ¡Qué vida la suya y qué vida la de su hermana! ¡Una tan ajetreada y otra tan regalona como de señorita que toca el piano!



Azpiazu

Empezó á quitarse la mantilla que cuatro alfilerones largos y negros sujetaban...

Aquí debe decirse que á ella nadie ni nada en el mundo la obligaba á corretear la villa y, sin embargo, jamás dió paz á los zancajos. Actividad más estéril no la hubo, marchas más inútiles nadie las ha visto, y, sin embargo, al llegar la noche, al presentarse ante los suyos daba lástima verla. El cotidiano relato de sus andanzas producía por lo azaroso sensación de vértigo, y no era fácil seguirla en el turbulento remolino de sus revueltas; ella misma jadeaba. Y es que ella se sacrificaba por todos, ella estaba siempre dispuesta á recorrer el mundo de polo á polo desdeñando fatigas, trabajos y hambres, porque más de una vez Agueda, en el ejercicio de su errabundo sacerdocio, sintió la cruel mordedura del hambre.

—Tú—decía, encarándose con Guillermina—te sientas en la banquetta y con mover las manos ya cumpliste; el cuerpecito quieto, regaladamente quieto. ¡Quién me diese á mí otro tanto! Hoy tuve que oír misa en la Escuela Pía de Mesón de Paredes porque era cabo de año de la condesa de Castro-Urdiales, y desde allí á la visita con la Presidenta en la Ronda de Embajadores. ¡Qué visitas! Con esa vida de princesa no sabes lo que es entrar en los palacios de la excelsa miseria, de la alta podredumbre; patios inmundos, corredores hediondos, cuartos pestíferos... Vosotros no conocéis la humanidad, no pisasteis nunca estos basureros en que se revuelcan los desperdicios de la humanidad miserable. Pues desde allí, corre que te corre, al oratorio del Amor Sacro á disponerlo todo para la novena que comenzamos mañana. Entre el señor rector, el sacristán y yo dejamos el altar de la Virgen como ascua de oro. Este año estrenamos manto y sabanilla. Eran las dos y media y aún en ayunas; pero á mí no me importa el hambre. Corre que te corre á casa de la marquesa de Rebolledo; á las tres teníamos junta para la fundación de la obra del *Niño Perdido*. Una cosa hermosa, hermosísima. Vosotros no tenéis idea de lo que representa esto del *Niño Perdido*. Pues en cuanto lo fundemos, ya no veréis un niño pobre por la calle. Nosotras mismas nos encargamos de cogerlos en mitad del arroyo, y á la Obra. Nada; niño callejero que se nos ponga delante, lo atra-

pamos, le echamos el lazo como los laceros, y luego su madre, si quiere rescatarlo, que nos lo pida. ¿A que no nos lo pide?

Y de esta manera, en el mismo tono, proseguía el largo relato de sus empresas grandes, extraordinarias y caritativas. Sus hermanos escuchábanla atentos; aun reconociendo cuánto había de estéril y de infecundo en la azarosa vida de Agueda, reflejábanse en ella el hondo impulso que remueve el alma de todos los Torrecillas, aquel singular cosquilleo que ó los arrastra resueltamente á la vida andariega ó les caldea la fantasía transportándolos á las regiones ideales del ensueño para vagar libremente en ellas como humilde pordiosero ó como grande artista que maravilla al mundo.

Cuando sonó de nuevo la campanilla de la puerta, entró doña Teresita. Venía la señora con abundante cargamento de paquetes recogidos en diversas tiendas. Como ella no podía, por la copiosa carga, valerse de sus manos, Guillermina acudió en su auxilio. Agueda aún jadeaba y ni intentó levantarse siquiera. Conforme la hija recogía paquetes, doña Teresita iba indicando el contenido de cada uno; y con el contenido indicaba el precio: tres libras de chocolate de casa Gallo, catorce reales; cuatro varas de tartán, dos piezas de trencilla y tres carretes de hilo, dos pesetas y setenta céntimos; los *Ejercicios de velocidad*, cuatro cincuenta. Un escándalo. Media docenita de cuellos para Trifilo á setenta y cinco; otro escándalo... Y así sucesivamente hasta quedar limpia de toda impedimenta. Es indudable que doña Teresita, con ser el espíritu más casero de la familia, estaba también tocada por el impulso de las correrías callejeras, y para saciarlo cuando el mal la acometía, se lanzaba á las tiendas. Sin duda por esto compraba al más ínfimo menudeo; aborreció siempre las grandes existencias, el embarazoso almacenamiento de mercancías. Lo que vendiesen por onzas no lo adquiriera ella jamás por libras; lo susceptible de compra por unidades, nunca entraba en su casa por docenas, y en cuanto á las medidas longitudinales, apreciaba en todo su valor comercial centímetros y milímetros. Ponderaba la señora este sistema como el más ajustado á una ley de prudente economía, pero

nosotros sabemos que todo el sistema mercantil de la Torrecilla derivaba de la morbosa inquietud impulsora. Si abasteciese el hogar pródigamente, ¿con qué pretexto se lanzaría ella á la calle cuando la comezón de correr calles la picara? Por el buen nombre de doña Teresita debe decirse que este impulso la acometía de tarde en tarde; no afectó en ella formas de gravedad suma el extraño mal torrecillesco, y aun los períodos agudos tenían pronta remisión. Con una hora de tiendas, con unas cuantas menudas y bien medidas compras quedábase la señora en la mayor placidez del mundo, especialmente si lograba arrancar por invisibles fracciones mercancía que sólo se vendiese en gran escala. Para doña Teresita no hubo nunca goce más puro.

Así que vió sus manos libres de paquetes y envoltorios fué súbitamente la que siempre era. Con un gesto de despótico dominio sentó á Guillermina en la banqueta del piano; con un empujón lanzó fuera de allí al ciego, y ella misma salió después llevándose por delante á Agueda. La cual dió á su madre esta grave, esta inesperada noticia: la marquesa del Sagrario le había hablado de Guillermina para dar lección de piano á sus tres niñas. Se lo dijo al salir de la junta del *Niño Perdido*. Ella le había contestado que su hermana no se dedicaba á las lecciones: su hermana se dedicaría á concertista. Este era el plan de la familia y esta era también la noble aspiración de la artista; pero tratándose de una señora como la del Sagrario, francamente, ella, Agueda, no vacilaría un momento. Era colarse de rondón en la aristocracia, hacer carrera.

—Nada, mamá, que yo no vacilaría. Y que las tres niñas son tres ángeles y la mamá una santa, la camarera mayor del Amor Sacro. Una señora; propiamente lo que se dice una señora; á quien se le abran las puertas de su casa, se le abren las puertas de la vida. Yo conozco lo que son casas y casas, familias y familias; pues como ésta ninguna, mamá, ninguna. Las habrá de más abolengo y de más riqueza y, al parecer, de más rumbo, pero no hay en todo este Madrid casa de más señorío. Yo entro allí como en la iglesia; ya desde el portal impone. ¡Qué portal, qué escalera!

Al pronto parece nada, pero después vas viendo: toda la barandilla es de caoba, los escalones de castaño. Nada de eso de alfombra, que es sólo un artificio para tapar el vil pino. Y después entras, y tampoco hay alfombras; sigue el castaño; estancias y galerías colgadas de tapices viejos y de unos cuadros muy grandes y muy oscuros. Tú no sabes el efecto que produce meterse en semejante palacio. Tú ya ves si yo al cabo del día entro y salgo en casas y casas, en palacios y palacios; pues en este del Sagrario no puedo entrar sin recoger el espíritu; casi me parece que hago examen de conciencia. Pues bueno; en la puerta de la escalera, que al llegar arriba ya está abierta, te recibe un criado sin nada de eso de frac y patillas; es un viejo todo vestido de negro, con cara de obispo. Parece una figura sacada de aquellos cuadros renegridos. El viejo os acompaña en el trayecto de varias estancias hasta dejaros en poder de una criada. A esta criada la tuve durante algún tiempo por hermana del criado de la puerta, tan grande es el parecido; pero un día supe, no sé cómo, que no son hermanos, sino cónyuges. Entre los dos no hay más diferencia ostensible que las faldas y los pantalones. Una vez bajo el poder de la sirvienta, ésta os conduce sin hablar una palabra á un saloncito que aun cuando es grande, después de los salones anteriores parece pequeño. Aquella mujer, que tiene frialdad de esfinge, os invita á que os sentéis en uno de aquellos imponentes sillones, y ella, después que os sentasteis, desaparece como una sombra. A solas no puede una por menos de sobrecojerse ante la austeridad de aquella casa. En la estancia en que os dejan hay un silencio tan grande que no parece sino que está una á mil leguas de todo ser viviente. Por el balcón de hondo recuadro, como tiene tan densos cortinajes, entra la luz débil, fatigada, triste. Y luego esta luz gris no alumbrá más que cosas tan graves, tan austeras, tan antiguas, que no se atreve ni á rozarlas; así, más bien las esfuma que las esclarece. Lo único que allí palpita es un reloj de bronce que está solitario sobre una consola; el tic-tac de aquel reloj es en aquel sitio excelsa representación del mundo, de la vida, del tiempo. Yo todo esto te lo cuento para que te hagas cargo de esta familia, de esta casa, de su seño-

río, de su grandeza, de cuánto vale para Guillermina entrar de golpe en tan alta y tan señorial morada. Se me olvidaba decirte, aunque ya muchas veces te lo habré dicho: las tres niñas de la Marquesa del Sagrario no son hijas, son nietas. ¡Pobres criaturas! Madre, no tienen. Padre..., como si no le tuvieran. El padre es el hijo de la Marquesa, pero cuidado, mucho cuidado con hablarle nunca del hijo. Es un drama terrible. Sí, mamá; los dramas más terribles están arriba; son terribles porque son lentos, mansos, inacabables; duran lo que la vida. Abajo, en el pueblo, los dramas acaban pronto; una navaja los corta en seguida.

Y aquí Agueda calló un momento, hizo uno de esos lúgubres silencios que entrecortan los lúgubres relatos. Oíanse en el gabinete los saltarines y bullangueros arpegios que Guillermina arrancaba de las teclas. Las notas alegres y bulliciosas rellenaron el misterioso silencio como si se rieran de aquel drama terrible.

Agueda volvió á coger el hilo de su narración. Doña Teresita escuchábala atenta.

—La verdad es que yo nada sé seguro sobre ese drama. Creo que nadie sabe nada ó tal vez sucede lo de tantas veces: se saben muchas cosas y todas ellas parecen invenciones, leyendas; lo único que se tiene por cierto es lo que no se sabe, sin perjuicio de tenerlo también por falso en cuanto se sepa. La verdad se esconde y se refugia en el misterio; si te digo que la verdad es como esas cosas de la fotografía: sólo en las tinieblas se saca algo en limpio; en cuanto da la luz, todo se estropea. Mira tú los jueces: en cuanto quieren descubrir la verdad de una cosa han de manipular misteriosamente, sin que les dé la luz pública á sus manipulaciones, se encierran en el cuarto oscuro del sumario. Pues bueno; de este drama terrible yo no sé más que una cosa: que la Marquesa tiene bajo su custodia severa á sus tres nietas, las tres futuras discípulas de Guillermina, porque yo no dudo que esta es solución ventajosa para esa chicuela.

Guillermina siempre fué una chicuela á los ojos de su hermana, que no podía menos de mirar con altivez desdeñosa aquel ejer-

cicio del piano; para ella sólo tenía valor la vida activa, como la suya, por inútil que fuera.

Cuando entró en su casa, don Trifilo halló aún en íntimo coloquio á Teresita y Agueda, que le hicieron sentarse al lado de ellas para tratar con él asunto de gravedad extraordinaria y de la mayor trascendencia. Como el señor Torrecilla no estaba acostumbrado á que su familia le consultara sobre ningún asunto, quedóse atónito, mirando á las dos mujeres; mas cuando supo el caso de la consulta, lo primero que hizo el caballero de estampa quiotesca fué desmontarse los quevedos y frotarse y restregarse los ojos como si los preparase limpiándolos para ver claro en aquel negocio.

Las Torrecillas entre tanto aguardaron su respuesta. Al fin don Trifilo dió por limpios los ojos y comenzó la limpieza de los lentes mismos, que fué larga y detenida. Sin duda mientras atendía á la limpiadura de los cristales que auxiliaban su visión externa, él miraba para dentro, sondeando el problema que ante él habían presentado. Calóse al fin los lentes, pasó el negro cordoncillo por detrás de la oreja, levantó noblemente el rostro mirando hacia el techo, y las Torrecillas silenciosas aguardaron á que hablase.

Las sombras del crepúsculo obscurecían la sala; por el balcón veíase el horizonte lejano, la pincelada azul de la sierra y el rojo resplandor del sol poniente. La densa mata de arbolado iba perdiendo su verdor para teñirse con la luz parda del anochecer sereno. Sólo la raya ondulante del río destacaba vigorosa como un camino de plata bruñida á través de los encinares grises, oscuros. Era un paisaje de placidez y calma que imponía silencio.

El hilo de alegres escalas que resonaban en el gabinete pareció romperse. Paró de golpe. El silencio de la casa armonizó con el silencio externo. Sin duda las almas de los Torrecillas, se sumieron como la fronda en la misteriosa quietud de aquella hora serena. Guillermina presentóse en la sala y tomó parte en aquel silencio de la familia. Ignoraba ella que en aquel silencio se deci-

día tal vez el porvenir de su vida. Todo callaba: la naturaleza entera replegándose en la sombra disponíase á adormecerse en la paz nocturna. También la familia de los Torrecillas, de espíritu errabundo, de alma volandera, se adormecía en la mansedumbre crepuscular. Sólo faltaba allí el ciego: estaba allá abajo, había huído ya, como todas las tardes, al reborde de las Vistillas para recibir en la frente el último beso del sol y la caricia de la sierra.

Cerróse la noche, y entonces Guillermina, saliendo al balcón, llamó con voz recia á su hermano. Vió su silueta que se levantaba en el límite del rellano, recortándose con vigor las líneas sobre el cielo, que aún azuleaba, con acerado claror, en Poniente.

Cuando volvió á entrar en la sala, oyó que sus padres y Agueda discutían acaloradamente una cifra. Doña Teresita defendía una cantidad diciendo que de aquello no rebajaba ni un céntimo; don Trifilo abogaba por otra cifra más pequeña y aun él rebajaría; Agueda no defendía cifra alguna; al contrario, ella no quería proponer nada, nada. El proponer, desde luego, era codicia. ¡Cuánto mejor confiarse en la generosidad del noble señorío! La cifra no importa nada.

Aquella noche la cena de los Torrecillas fué triste; sólo don Trifilo habló al final de ella para exponer brevemente algo de sus actuales hondas preocupaciones. El Sr. Torrecilla desempeñaba durante el día los más diversos y variados oficios y á la noche se ejercitaba en los más inconexos y extraordinarios estudios. Por estos días en que trabajamos con él conocimiento, hállese nuestro caballero enfrascado, sumido, en el estudio del *ambidiestrismo*. A punto estaba de llegar ya á una conclusión definitiva: la humanidad necesita, como elemento de perfección, del *ambidiestrismo*; el hombre ambidiestro es, manualmente, perfecto. Esta era la tesis que él defendía ante sus hijos, que le escuchaban soñolientos, y ante su mujer, que aquella noche ni le escuchaba siquiera, atenta como estuvo á barajar una cifra para que Agueda se la llevase al siguiente día á la del Sagrario.

—Yo lo que sostengo es que el hombre debe saber escribir con las dos manos, como sabe ver con los dos ojos y oír con los dos

oídos. ¿Acaso Guillermina no toca con las dos manos? Guillermina, en cuanto artista, es ambidiestra, y su trabajo, por consiguiente, es más perfecto. Ejercitamos por igual ambas piernas y no ejercitamos por igual ambos brazos. ¿Qué me diríais del hombre que se propusiera andar con un pie solo?.. No me decís nada. Pues yo os digo que le tendríais por loco, pero loco de remate, digno del manicomio; y con el mismo derecho afirmo que la humanidad comete una locura no sirviéndose de manera perfecta más que de una mano. Si la divina providencia nos dotó de un par de manos, ella sabrá bien lo que hizo; somos soberbios y somos tontos enmendándole la plana. Soberbios y tontos, ni más ni menos.

Fenómeno curioso: la soberbia y la tontería de don Trifilo eran en este punto muy graves, porque no es fácil hallar hombre más zopo en el ejercicio de la mano izquierda. Quizás el sentimiento de esta imperfección suya, trajo consigo el estudio del ambidextrismo á que durante la noche se consagraba. Las horas del día — ya lo dijimos — necesitábalas todas para el ejercicio de sus múltiples profesiones. Durante las primeras horas de la mañana, don Trifilo regentaba cátedras en un colegio; las materias que él tenía por misión explicar á los alumnos eran la geografía y las matemáticas; la conexión que entre sí puedan tener ambas asignaturas es cosa no bien averiguada, y, sin embargo, don Trifilo había hecho nacer en las entendederas de sus discípulos el convencimiento de que eran afines, íntimamente afines, esas dos disciplinas. En algunas ocasiones, por enfermedad ó ausencia de profesores, don Trifilo extendía el poder de sus enseñanzas á otras ciencias y aun á otras artes, porque más de una vez se encargó del dibujo; y alumno hay que recuerda haberle visto gobernando y dirigiendo la clase de gimnasia. Precisamente por estos días don Trifilo había propuesto al director del colegio la fundación de una clase de *ambidextrismo*. El director no había acogido del todo mal tan importante reforma, pero consideraba prudente aplazarla para otro curso. Desde el colegio iba don Trifilo á llevar la contabilidad y la correspondencia de una confitería. Hora y media se pasaba sumergido en una estancia lóbrega, caldeada por los vecinos hornos y

oliendo á empalagosos aromas que más que de confites parecían de perfumes. En aquella atmósfera saturada de efluvios de merengue, entre grandes bandejadas de acaramelados dulces, de tal modo se empalagaba que, como al salir de allí era la hora de comer, no era posible que el buen señor comiese nada. Pero á la noche se resarcía con creces, porque todos los menesteres de la tarde exigían actividad y movimiento. Primeramente servía de secretario á un diputado rural que no vive en Madrid de asiento, pero que pasa en la corte largas temporadas; y lo más importante de esta secretaría eran los múltiples y embrollados negocios que habían de agenciarse recorriendo Torrecilla las más distantes y á la vez las más laberínticas oficinas. Y para remate de días tan embrollados y laboriosos aún empleaba algún tiempo en el útil servicio de una agencia de anuncios, que era — valga la verdad — lo que le dejaba más pingües rendimientos, porque ponía en ello las más opuestas y más eficaces condiciones. En este ramo de sus servicios llegó á adquirir renombre, sobre todo en la especialidad de las esquelas mortuorias para misas ó funerales de aniversario. Él vivía de los muertos, pero á su vez la memoria de los muertos revivía por él una vez cada año.

Tras las jornadas de tan áspero y duro trabajo, ¡con qué placer tan grande no saboreaba don Trifilo la ancha y dulce soledad de las Vistillas! Allí eran los solaces, allí los estudios, allí las meditaciones de su vida. Aquella noche estaba Torrecilla más que nunca entregado al afanoso trajín de su estudio sobre el perfecto ejercicio de las manos, porque hasta él había llegado la noticia de que en Inglaterra se formaba una sociedad que tenía el alto propósito de propagar en el mundo la educación de la mano izquierda. Era redimir de vil servidumbre á una parte muy importante de cada hombre y redimir, por consiguiente, á una parte de la humanidad.

—Hasta hoy — decía don Trifilo — el papel reservado á la mano izquierda fué modesto, supeditado siempre á la derecha; mientras ésta escribe, la otra le sujeta el papel; mientras una clava, otra sostiene el clavo. ¡Basta, basta ya de servilismo!